

Viviane Forrester

EL CRIMEN OCCIDENTAL

El horror que había hecho centro en mí era europeo.

VIVIANE FORRESTER, *Ce soir, après la guerre.*

¿Cómo olvidar el horror europeo, exorcizar sus huellas, sus estremecimientos? ¿Cómo encubrir la persistencia de sus pulsiones originales y, sobre todo, cómo seguir considerando la era nazi como una monstruosidad episódica, vergonzosa, vencida, erradicada, a la que bastaría con oponer en lo sucesivo la letanía de los “Esto nunca más”?

La heroica virtud de esta declaración, pronunciada con el mentón firme, la mirada intrépida, nos ahorra analizar, definir “esto”, vislumbrar la diversidad de formas que puede asumir y qué incluye de nuestras propias marcas. La energía de esta expresión, que no responde tanto al cariz de un anhelo, de una decisión, como al de una constatación, permite tomar ese deseo fervoroso, esa intención vaga y perentoria -ese *wishfull thinking*, como se diría en inglés- por un compromiso ya realizado, una misión cumplida, una conclusión adquirida, un escudo suficiente que nos emancipa y libera de cualquier vigilancia. Cronología perfecta: Tercer Reich, guerra, aliados victoriosos, el problema está resuelto.

Hay un detalle, sin embargo, una laguna, que va en contra de este epílogo: la guerra contra el nazismo no ha tenido lugar. La Alemania conquistadora fue combatida, con retraso, mediante las armas, y fue vencida: no hubo una insurrección interior notoria en oposición al régimen nazi ni una sublevación general, universal, en su contra, así como tampoco una repulsión instintiva, un rechazo deliberado, y sin duda ninguna resistencia internacional espontánea, inmediata, dirigida contra la doctrina y los actos de Hitler a partir de 1933, ni siquiera en el momento en que no se cuestionó el derecho de injerencia.

A modo de reacción, en 1938, cuando esos actos y esa doctrina y sus delirios se desplegaban desde hacía cinco años, se celebraron a fines de septiembre la Conferencia de Múnich -ese consentimiento oficial, apresurado y hasta obsequioso, y sobre todo traidor, de los gobiernos francés e inglés a la política expansionista del Reich, sin que se pusiera en tela de juicio o se mencionara siquiera la barbarie nazi ya

ampliamente manifiesta- y la Conferencia de Évian, celebrada del 6 al 15 de julio, durante la cual 33 países reunidos por Estados Unidos¹ iban a ponerse de acuerdo sobre la ampliación de sus cupos de inmigración con el objeto de poder acoger a los judíos víctimas de la ideología hitleriana. Todos, salvo Holanda y Dinamarca, se negaron -Estados Unidos en primer lugar- a considerar la menor flexibilidad de los magros contingentes ya autorizados. Al contrario, después de la conferencia, la Argentina, el Uruguay, México y Chile redujeron sus tasas de inmigración. Cada país había expresado los motivos de su rechazo. Australia, olvidando alegremente a sus aborígenes y el trato que se les había infligido, declaró que nunca había experimentado ningún problema racial y que quería evitar “crear uno”.* Y fue ese país el que, inmediatamente después de la guerra, hizo publicar en la prensa internacional anuncios en los que solicitaba encarecidamente que fuesen a poblar sus territorios menos habitados, los que ponía a disposición de los nuevos inmigrados.

En cuanto a Francia, se declaró “saturada”. Por otra parte, el senador Henri Bérenger escribió a su ministro: “¿Le interesa a Francia aparecer como el asilo oficial de todos aquellos que Alemania considera sus enemigos naturales? Se introduciría un elemento de antagonismo cultural y racial de manera permanente en las relaciones franco-alemanas”. Bérenger ya se había inquietado por tener que dejar entrar a los “desechos de la inmigración austríaca o alemana”. En conclusión, la delegación podía felicitarse: había “logrado plenamente evitar contraer algún compromiso concreto”.

Recordemos que en 1938 Hitler no sólo todavía consentía la emigración de los judíos alemanes, sino que la reclamaba, como en el discurso pronunciado en Königsberg: “Estamos dispuestos a poner a estos criminales [los judíos] a disposición de esos países, y hasta en barcos de lujo. Poco importa”. Evidentemente, para ellos se trataba de una cuestión de salvación. De una salvación todavía *posible*.

El *Führer* no se privó de burlarse del “llamado del presidente Roosevelt a los otros países, mientras que Estados Unidos mantiene su propio contingente de inmigración”. O bien de ironizar: “Si existe un país que estime que no tiene suficientes judíos, estaría feliz de enviarle a todos los nuestros”. Ni Goering se priva de citar: “El *Führer* les va a decir a los otros países: ‘¿Por qué hablan ustedes siempre de los

¹ Lista de los países: Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Italia, Suiza, Dinamarca, Noruega, Suecia, Holanda, Canadá, Sudáfrica, Nueva Zelanda, Australia y veinte repúblicas de América Latina. En cambio, después de la guerra, en América del Sur algunos países acogieron muy generosamente a refugiados... nazis.

* Las referencias bibliográficas de las citas que hay a lo largo de la obra se dan al final de la misma. Siguiendo el criterio de la edición francesa, están indicadas en función del número de la página en la que aparecen.

judíos? Tómenlos””. En el Consejo de Ministros del 12 de noviembre de 1938, Goebbels se reía sarcásticamente:

Es curioso comprobar que los países cuya opinión pública se alza a favor de los judíos siempre se niegan a recibirlos. Dicen que ellos son los pioneros de la civilización, de los genios de la filosofía y de la creación artística, pero cuando se les quiere hacer aceptar a estos genios, cierran sus fronteras.

Este repudio (colectivo) correspondía a un consentimiento tácito de los ensañamientos antisemitas en curso, a una desaprobación de los perseguidos, a una complicidad con lo absurdo; se podría decir que a una fraternidad sorda con sus opresores: un vínculo, en suma, con el síntoma fundador de la dictadura del Tercer Reich. La prensa nazi no lo entendía de otra manera. Por ejemplo, en el *Danziger Vorposten* se podía leer:

Nosotros comprobamos que hay un gusto por sentir compasión por los judíos cuando se alimenta así una agitación maliciosa frente a Alemania, pero ningún Estado está dispuesto a luchar contra la tara de Europa Central aceptando a algunos miles de judíos. La Conferencia de Évian es por tanto una justificación de la política alemana.

En suma, las democracias occidentales daban carta blanca a Hitler de manera implícita en lo que respecta a esos judíos decididamente molestos. Rechazados.

Aunque oficialmente antirracistas, y hasta moderados, los gobiernos de las grandes potencias dieron muestras de una debilidad patológica, colindante con el masoquismo, frente al dictador naciente que aún no se había afirmado. De su parte no hubo sino negaciones, complacencias, apostasías. Estupefactos por las puestas en escena magistrales de Hitler, sus dirigentes parecían formar un círculo a su alrededor para buscar sus favores, crédulos y temblorosos, ávidos de engatusarlo. Ni rastros de indignación, de protestas frente a los saqueos, a las humillaciones, a las persecuciones públicas de judíos y hasta con carteles, a sus detenciones en masa al mismo tiempo que las de los opositores al régimen, a la reclusión de esos mismos judíos y de esos mismos opositores en cárceles o en campos de concentración creados con este fin, como los de Dachau desde 1933, los de Buchenwald en 1937, en Alemania, o inmediatamente después del Anschluss el de Mauthausen en 1938 en Austria.

Pero tampoco se puso ningún obstáculo (a lo sumo algunas protestas tímidas y breves) a la política extranjera del Reich, a propósito de la cual el derecho de injerencia no se ponía sin embargo en juego. Ningún obstáculo en 1934 al rearme de Alemania en violación del

Tratado de Locarno y contra la ocupación de Renania.² Ese mismo año tuvieron lugar los Juegos Olímpicos en Berlín. Los atletas del mundo entero participaron oficialmente. Éxitos prodigiosos de propaganda. La única condición impuesta por el Comité de los Juegos: los campeones alemanes judíos deben participar, pero, detalle que parece no perturbar a nadie, estos campeones (que tenían prohibido utilizar pistas de deportes y cualquier medio para su entrenamiento), desde el año precedente, son despojados por las leyes de Núremberg de su ciudadanía y de sus derechos civiles, como todos los alemanes judíos. Las mismas leyes prohíben, entre otras cosas, todo matrimonio o relación sexual entre judíos y arios bajo pena de cárcel.

En 1938, *ninguna* reacción ante la anexión de Austria por parte del Reich, “una violación”, según la expresión ulterior de Winston Churchill, y el mismo año, ante el anuncio de una invasión a Checoslovaquia - invadida con la bendición general, y en particular con la de Francia-, como vimos: fue Múnich la que pisoteó así el pacto de asistencia mutua que vinculaba a los dos países.

Un ejemplo de la atmósfera en los círculos dirigentes: en diciembre de 1938, Georges Bonnet, ministro francés de Relaciones Exteriores, en el transcurso de una entrevista con su homólogo alemán Ribbentrop, lo hace partícipe de “todo el interés que tiene Francia en una solución del problema judío”, afirmando que los franceses “ya no desean recibir a judíos procedentes de Alemania”: ¿podría este país “tomar cualquier medida para impedirles venir a Francia”? Ribbentrop, encantado, le asegura: “Todos queremos deshacernos de nuestros judíos”, el problema es que “ningún país desea recibirlos”. Entre compadres...

Estos dirigentes europeos paralizados, que ofrecen a Hitler lo que él quiera cuando le venga en gana (y apenas osan preguntarse si lo que él quiere se aleja de sus propios deseos más o menos inconscientes), ya

² En el momento de esta invasión, Hitler se disponía a retirar de inmediato sus tropas ante el menor signo de oposición del ejército francés, pero no hubo ninguno. “Francia podía detener a los alemanes en Renania. Nosotros hubiéramos estado obligados a anunciar la retirada. Pero hoy es demasiado tarde para Francia”, comentó el *Führer* dos años después con el fin de persuadir (con razón) al canciller Schuschnigg de que Francia y sus aliados no intervendrían en 1938 para salvar a Austria (William Shirer, *Le Troisième Reich*, París, Stock, 1967 [trad. esp: *Historia del Tercer Reich*, 4 vols., Barcelona, Océano, 1980]).

En Berlín, Victor Klemperer, alemán y judío, escribía en su diario el 8 de mayo de 1938: “Discurso de Hitler sobre la ocupación de la Renania (violación de los acuerdos de Locarno). Hace tres meses yo estaba convencido de que la guerra estallaría aquella misma noche. Hoy, *vox populi* (mi carnicero): ‘No corren peligro’. Convicción general que es también la nuestra: todo seguirá en calma... Un nuevo ‘acto de liberación’ de Hitler, la nación está exultante -¿qué es la libertad interior, qué nos importan los judíos?-. Su posición está asegurada por tiempo indefinido” (Victor Klemperer, *Mes soldats de papier. Journal de 1933 à 1941*, 1, vol. 1, París, Seuil, 2000).

no son sino una banda de humildes comparsas, que, en el seno de vociferantes anuncios de la aniquilación de la “raza judía en Europa” y de las intenciones internacionales depredadoras, acechan en sus discursos algunas escasas declaraciones más pacíficas y moderadas con las que se deleita y se tranquiliza entonces el resto de Europa.

Después de la carnicería del 1914-1918, las poblaciones europeas, incluidos los alemanes, temen más que nada una nueva guerra, lo que para Hitler constituía un motivo de manipulación. En Alemania se le manifestaba admiración y agradecimiento por ser capaz de lograr sus fines sin una conflagración. Obsérvese que al terror de una guerra se agregaba para muchos el del comunismo, al que el *Führer* parecía poner obstáculos... ¡antes de firmar en 1939 un pacto con Stalin!

Claro que en los años treinta y cuarenta, las democracias occidentales se oponían por principio a la ideología de la Alemania nazi, pero esto no tenía una importancia primordial y no implicó ninguna reacción seria en relación con los maltratos practicados abiertamente a las masas de individuos cuya exterminación se evocaba, además, de manera recurrente. Estas democracias asistían desde 1933 al ejercicio de una ferocidad oficial, de crueldades desencadenadas sin parangón y notorias, apuntaladas por una legislación abiertamente promulgada en contra de la ley y al servicio de la tiranía. A partir de los años treinta, lo que ya se conocía de la gama de los crímenes nazis, lo que la prensa divulgaba de ellos, aquello de lo que siempre se estuvo más informado, hubiera tenido que bastar para sublevar la oposición sin límites, intransigente y dirigida, de las naciones democráticas.

Ahora bien, incluso en el transcurso de la guerra, se combatió esta vez a la Alemania expansionista, pero no explícitamente a la barbarie nazi que dominaba entonces toda la Europa ocupada; subsistió la misma indiferencia, el mismo cierre de las fronteras. Los países mantuvieron los mismos cupos reducidos de inmigrados, dejando a los judíos atrapados en la ratonera hitleriana. Y sin esperanza ni salida. Sin recursos. Todo el planeta los eludía, reticente por doquier, lo cual significaba que en todas partes se auxiliaba el horror.

Fue estrictamente por razones estratégicas y diplomáticas, cuestiones de territorios, que en 1939 se declaró la guerra. Y a lo largo de las hostilidades se tuvo cuidado de no dar nunca la sensación de que el objeto era socorrer a los judíos, con lo que se hubiera corrido el riesgo, como se estimaba en las esferas políticas aliadas, de enfrentarse a la opinión pública.

En consecuencia, la victoria fue la de una coalición clásica, pero la victoria por las armas no prueba el derecho. Pone fin a un conflicto pero no acaba con él, no lo resuelve. Fue una paz sin inocencia. No fue una conclusión.

El fenómeno del racismo, que había estado en la base de la Segunda Guerra Mundial pero que sólo se había tenido en cuenta de un modo

esporádico no estaba resuelto. Considerado no obstante como tal y abolido por decreto, se aprehendió sólo en sus formas más siniestras y alucinantes: las de las desmesuras excesivas del genocidio, de aquel genocidio en particular. No reparaban más que en sus consecuencias extremas, no en su sustancia y sus raíces, que no estaban ni de lejos erradicadas.

La evasión general y hasta el consentimiento por omisión frente al racismo nazi se escamotearon, se arrojaron al olvido y no se mostraron. La inercia occidental ante la barbarie y su connivencia con el antisemitismo no se registraron, sino que se consagraron lo mejor posible a los silencios consensuales de una memoria voluntariamente reprimida. A pesar de todo, el peso de sus consecuencias dejaba brotar oscuramente una responsabilidad insostenible, sospechar una especie de condenación oculta que había que sofocar. De este abandono mortífero de la democracia por parte de las naciones democráticas emergía un remordimiento latente más o menos consciente, incapaz de asumirse, puesto que el instinto antisemita no se había superado. De ahí, la ineptitud para tratar de reparar lo inexpiable, la resistencia a recibir sin dudas y por todas partes a los sobrevivientes de este Apocalipsis.

Pero ellos no habían sido ni el fin manifiesto de la guerra ni el sentido de la victoria. Y si se abominaba y se vilipendiaba la demencia del despotismo hitleriano y sus genocidios, al lado de estas monstruosidades, el antisemitismo ordinario, guardado con discreción por el momento, parecía tanto más anodino en su trivialidad.

No olvidemos que en aquellos tiempos (recientes) todavía reinaban y se consideraban naturales la segregación de los negros en Estados Unidos y el colonialismo en Europa. El dogma del desprecio dominaba, oficial y respetado.

Un signo entre muchos otros: acabada la guerra, varios cientos de miles de judíos que se habían salvado, muchos de ellos sobrevivientes del horror concentracionario y todos, por el hecho mismo de sus sufrimientos, sin lugar adónde ir y sin medios económicos, fueron recluidos durante años en campos para “personas desplazadas”, superpoblados, en condiciones de vida sórdidas: *no man’s land* situados en las zonas alemanas y austríacas ocupadas por los Aliados, a veces en los campos mismos, los del nazismo, donde habían estado detenidos.³ De tal modo, fueron ellos quienes se volvieron a encontrar encerrados en el seno de las poblaciones libres de los mismos países que los habían perseguido, que habían exterminado a los suyos. “La mejor propaganda británica a favor del sionismo sigue siendo el campo

³ Chipre fue también un emplazamiento de este tipo de campos *a partir* de agosto de 1946. La guerra había terminado en 1945.

para personas desplazadas de Bergen-Belsen”, afirmaba con razón David Ben Gurión.

Estos parias sólo podían liberarse de ello en un muy pequeño número cada vez, indeseables en todas partes, juzgados en todas partes como “desplazados”, salvo que estuvieran acorralados en un campo. Allí se encontraba su verdadero lugar: el lugar del ausente. ¡Y aún se quejaban de lo que les costaban! En la zona británica, una ley los sometió de inmediato al trabajo obligatorio y, para sufragar sus condiciones de vida indignas, estos prófugos del nazismo fueron empleados a menor costo en provecho de la economía alemana, a menudo bajo su autoridad. Una observación: se trataba de gente sin recursos, de “pobres”, siempre los más idóneos para la exclusión. Estas reclusiones organizadas por las democracias no atormentaron las conciencias, ni siquiera las rozaron. Todo esto formaba parte del ambiente de un cinismo inconsciente. De momento, las fronteras no se abrieron. Los cupos siguieron existiendo. Sin embargo el mundo ya no estaba tan “saturado” de judíos. Habían muerto millones.

No se hizo nada para garantizar a *todos* los sobrevivientes respeto, seguridad y el derecho evidente para cada uno de ellos a un lugar, a un papel de ciudadano en Occidente mismo, donde estaban en su casa. Sus patrias europeas o sus lugares de residencia eran todavía suyos, y si el regreso les resultaba demasiado difícil en aquellas regiones donde había tenido lugar lo innumerable, lo menos que se podía hacer era darles acogida en los países occidentales de su elección, que se inclinaba sobre todo hacia Estados Unidos..., donde se habían apresurado, por el contrario, en perennizar los cupos. ¡Y esto se admitió! Como se admitió entonces que en ciertos países de Europa Central o del Este la animosidad se hubiera perpetuado y, sobre todo, que se hubiera *osado* y *podido* manifestarla a tal punto que la mayoría de los sobrevivientes que regresaban tenían que volver a partir, como en Polonia, donde no obstante ya casi no permanecía ningún judío, pues la mayoría había perecido en el transcurso del genocidio. El mismo antisemitismo no dejaba de persistir y muy abiertamente, llegando incluso a provocar nuevos pogromos, como en Kielce en 1946. Y todo esto no fue tratado como un escándalo inaceptable, sino que se toleró, bien como una curiosidad, bien como una fatalidad. En cuanto a esos campos para “personas desplazadas”, que ilustraban de manera siniestra la inconciencia general, más valía olvidarlos: ¿cómo hubieran podido los Aliados oponerse si eran ellos mismos los organizadores?

Frente a esta inconciencia, a este inconsciente, reveladores de un antagonismo mecánico y persistente con respecto a los sobrevivientes judíos (pobres), el proyecto de un territorio judío que esta vez ya no sería un gueto, sino un Estado soberano, tenía cierta lógica, que emanaba de quienes desde hacía tanto tiempo oscilaban, según

Hannah Arendt, “entre los países de los que se desea que nos vayamos y aquellos donde no se nos deja entrar”.

¿Incluía Hannah Arendt entre estos últimos a los países neutrales? ¿Qué pasó con Suiza, por ejemplo? El título de un recuadro aparecido en *Le Monde* lo ilustra mejor que cualquier documento: “Una ley rehabilita a los suizos que han ayudado a los refugiados judíos”. Título tanto más elocuente cuanto que esta buena noticia data de... ¡enero de 2004! Júzguese por esta mansedumbre:

Los suizos que han ayudado a refugiados judíos bajo el nazismo y que han sido sancionados en nombre de la neutralidad helvética pueden a partir de ahora ser rehabilitados de acuerdo con una ley que entró en vigor el 1º de enero [de 2004] [...] Tienen cinco años para hacerlo. El período afectado va de 1933, fecha del ascenso de Hitler al poder en Alemania, al fin de la Segunda Guerra Mundial. La anulación de una condena no da derecho a daños y perjuicios.

A propósito de estos criminales contra la humanidad, la AFP (Agence France-Presse) precisa que

varios centenares de ciudadanos helvéticos [...] habían perdido su empleo o habían sido condenados a una multa y hasta a una pena de cárcel por haber ayudado a víctimas de los nazis, especialmente a judíos, a huir, o por haber albergado a fugitivos sin haberlos declarado a las autoridades.

Aunque no se los iba a felicitar a pesar de todo, se llegaba a la indulgencia de rehabilitarlos sesenta años más tarde. ¿Pero qué pasó con aquellos, si los hubo, que virtuosamente habían “declarado” a esos judíos a las autoridades? ¿Fueron al menos condecorados?

Ante la conmoción del pueblo suizo frente a los judíos que trataban de encontrar refugio en su país, Édouard de Haller, dirigente influyente de la Cruz Roja, lamentaba que “los miembros del Comité no escaparan de la ola de generosidad simplista que hace estragos en el país”. Su presidente, Max Huber, escapaba de ello por completo, y a lo largo de toda la era nazi veló para que la Cruz Roja, a pesar de estar informada en forma permanente, no interviniera nunca, o muy pocas veces y además tímidamente, sin insistir ni comprometerse frente a las persecuciones sufridas por los judíos, frente a los suplicios, a la hecatombe en curso. Su lema era: el temor de verse reprochado, junto con sus colegas, por una “intrusión en los asuntos internos de un Estado al intentar actuar a favor de *ciertas categorías de personas*”⁴ consideradas por ese Estado como dependientes exclusivamente de su legislación interna”. Para Max Huber, la Cruz Roja tenía el deber sagrado de abstenerse de cualquier reacción, de cualquier uso de su prestigio que tendiera a intentar incluso la atenuación, por muy débil

⁴ El énfasis me pertenece.

que fuese, de determinados horrores. La mínima carencia de consideración, de deferente neutralidad hacia las autoridades nazis o incluso hacia las de la Francia de Vichy le hubiera parecido del peor mal gusto.⁵ Ante tales dimisiones, se puede medir la aniquilación de cualquier garantía y el aislamiento de los europeos judíos en su propio espacio con frecuencia tan desnudo, tan despojado de aquellos que no eran sus asesinos, a los que se resistieron sólo grupos aislados.

Otros tantos reflejos racistas persistentes y docilidades frente al antisemitismo, que por no haber sido contradichos al final de la guerra mediante una apertura inmediata, calurosa y radical del mundo occidental a las víctimas judías provocaron en un buen número de países una sorda culpabilidad latente con relación al genocidio, cuya fuente había sido este tipo de reflejos; culpabilidad que fue, si bien no el origen (que corresponde al sionismo), al menos uno de los dos orígenes y un motor esencial de la tragedia que persevera en Oriente Próximo desde hace décadas y que parece inextricable.

No es, y este libro se propone establecerlo, la historia de Israel o de Palestina la que se despliega hoy, sino la historia prolongada, deportada, desfasada, reinsertada en Oriente, del Occidente horrorizado de sus propios excesos y no obstante incapaz de erradicar sus prejuicios tradicionales aparentemente anodinos, pero que, aunque poco espectaculares, instauran el orden que conduce al horror.

¿Saben los palestinos y los israelíes -¿lo sabemos nosotros?- hasta qué punto son ajenos a su historia actual, a su propio presente? ¿Hasta qué punto son víctimas, no unos de los otros, sino unos y otros, de una historia supuestamente caduca que ha permanecido en suspenso, reactivada aquí sin fin y que los ha implicado en conflictos artificiales en su origen y además interminables? Una historia europea en la que ninguno de los dos fue el verdugo ni el culpable. Los árabes reciben el lastre, el castigo de un desastre al que son totalmente ajenos; los judíos, víctimas de este desastre, incitados, cuando no acorralados en un papel de intrusos, y sin poder ver que, aunque voluntariosos, aunque vencedores, se los había puesto en cuarentena.

⁵ Una circular de la Cruz Roja dictaba las reglas de conducta a sus agentes que supuestamente socorrían a niños víctimas de la guerra en la Francia ocupada: "Las leyes y los decretos del gobierno de Francia deben ser ejecutados con exactitud, y ustedes no tienen que analizar si se oponen o no a sus convicciones [...] Conocemos la actitud que han adoptado las Iglesias católica y protestante con relación a algunas directivas de Vichy, pero como representantes de la Cruz Roja suiza, no nos podemos dejar influir por esta posición [...] En Francia, ustedes deben respetar una estricta neutralidad como extranjeros". Si algunas tareas les repugnaban excesivamente, había una alternativa: "Nosotros les pediremos la dimisión antes de que continúen en su trabajo y comprometan el prestigio de la Cruz Roja" (Oscar Rosowsky, *Le Monde*, correo de los lectores, 18 de febrero de 2004).

Véanlos agredirse, matarse entre ellos, judíos y árabes y después israelíes y palestinos bajo la mirada de un Occidente condescendiente, liberado, que se presenta como árbitro de sus hostilidades. Un Occidente desprendido, simbólicamente al menos, de su preocupación obsesiva, preocupación que vemos transplantada, metamorfoseada, impuesta en otro contexto, otras geografías, absorbida en luchas que le son ajenas. Un Occidente que de tal modo espera desembarazarse de los acosos de su propia historia, capaz de considerar prescrito el horror del genocidio nazi y del consentimiento y la indiferencia que lo habían acompañado, frente a una tragedia nueva de la que podía y puede todavía tener la pretensión de no considerarse responsable.